

SOBRE EL CASO MEXICANO *

Jean Meyer
(*Centre Universitaire de Perpignan*)

El presente trabajo ofrece un breve análisis de la naturaleza del Estado mexicano en relación con la singularidad de la estructura histórica de la que surge. El surgimiento del Estado precedió a la formación de la nación. El Estado revolucionario creó la actual élite económica y organizó a los obreros y a los campesinos, colocándose como árbitro y principal actor en el gran proyecto nacional-desarrollista. Creador de la nación, mayor agencia de empleo, primer inversionista, rector de la educación y de la información, el Estado debe su estabilidad tanto a su actividad social fundamental, como a su fuerza represiva y a su monopolio político.

* No se trata de un trabajo original y lo debo todo a Rafael Segovia, Fernando Pérez Correa, Roger Bartra, Julio Labastida, Carlos Bazdresch y otros amigos del Colegio de México y de la UNAM. La lectura de sus artículos publicados o mimeografiados, la discusión con ellos, la estancia en México han permitido esta ponencia que no es más que un punto de partida para el trabajo.

Peter Smith lleva varios años trabajando sobre una sociología de la élite política nacional mexicana. Parte de la pregunta siguiente: ¿Cuáles son las condiciones sociales del gobierno en México? Aceptando por comodidad el concepto de «autoritarismo» para calificar al nacional-populismo mexicano, empezaré por recordar cuáles son las bases económicas del México contemporáneo.

Bases económicas

De 1940 en adelante el país ha conocido un crecimiento sostenido del producto nacional, a un ritmo superior al 6 % anual, o sea, uno de los más fuertes y más constantes del mundo. La industrialización ha sido la meta primordial de todos los gobiernos y se ha acompañado de una urbanización acelerada: en 1970 el 45 % de la población vivía ya en poblaciones de 15.000 habitantes o más. Esos cambios se han dado en un marco de economía mixta en el cual el Estado tiene un papel-clave, directo e indirecto.

Factor socio-económico importante, el crecimiento demográfico que durante varias décadas ha hecho el orgullo de los gobiernos («gobernar es poblar») preocupa ahora seriamente a todos los responsables. Con una tasa de crecimiento del 3,5 % al año, México conoce una multiplicación vertiginosa de su población, como puede observarse en los datos de la *Tabla 1*, en la página siguiente. De tal manera que en la actualidad el 47 % de la población tiene menos de 15 años.

Los efectos sociales de esos dinamismos son la concentración de la propiedad y de la riqueza, la proletarización y la marginalización de millones de mexicanos, mientras políticas fiscales favorables llevaban a una rápida capitalización. El resultado se puede resumir en la *Tabla 2*, de la página siguiente.

TABLA 1
Evolución de la población mexicana
(en millones de habitantes)

Años	Total país	México	
		Distrito Federal	Estado de México
1960	34	4,8	1,8
1970	48	7	3,7
1975	60	10	5
1980	75	—	—

TABLA 2
Distribución del ingreso en México para 1963

20 % de las familias	% del ingreso nacional
20	4,17
20	6,91
20	9,78
20	16,47
20	62,64
TOTAL	99,97

Fuente: Ifigenia de Navarrete, «La distribución del ingreso en México», en David Ibarra et al., *El perfil de México en 1930* (México: Siglo XXI, 1970), Vol. I.

Estadísticas más recientes manifiestan que la situación no ha cambiado, ya que según el Banco Mundial el 3 % de la población acapara el 50 % del ingreso nacional.¹

1. Véase la revista *Visión* (agosto de 1972).

La dependencia

Desde los tiempos del presidente Polk hasta la fecha, el problema mexicano ha sido el de hacer ganancias comerciales con los EE.UU, conservando siempre la independencia política y económica. Tal lucha se confunde con la historia del país y la proximidad de los EE.UU pesa mucho en la definición de toda política de desarrollo, ya que el comercio entre los dos países es vital para el crecimiento mexicano.

Existe el famoso «milagro mexicano», pero las contradicciones no le faltan. El Estado ha sido después de 1940 el verdadero promotor de la industrialización y sigue encargándose de todas las obras de infraestructura, pero, a la vez, identifica la dinámica del crecimiento con la acumulación privada del capital, de tal manera que, mientras la fiscalidad favorece el capital privado, consumidores y asalariados, a través de la inversión pública, financian la iniciativa privada. El Estado pone a disposición de la inversión privada sus servicios financieros, energéticos, los transportes, la política aduanal, los bajos salarios.

Mientras la agricultura nacional sufría de precios artificialmente bajos (necesarios para el sustento de los trabajadores), mientras el capital extranjero financiaba la verdadera industria, el capital nacional se iba al extranjero o especulaba en los sectores más jugosos: terrenos urbanos, industria del automóvil, etc.

Crece una deuda externa enorme y se acelera el proceso de desnacionalización de la economía. Tal es la dependencia, resultado de factores externos (el comercio con un solo país, los EE.UU, el peso de los consorcios que controlan los sectores exportadores, la dependencia financiera a todos los niveles) y de las reacciones nacionales a esos factores.

El aspecto financiero del problema (exportación de beneficios) no es más que una dimensión; la industrialización es también importación de tecnología a través de las famosas empresas filiales de las transnacionales. A estas alturas no es tanto un fenómeno de cooperación financiera como el control de las actividades de producción. Durante mucho tiempo la balanza del comercio exterior ha sido positiva gracias a las exportaciones y al turismo, pero el endeudamiento acelerado entre 1970 y 1975, después de un déficit acumulado de 5.000 millones de dólares entre 1960 y 1970, y la disminución relativa de las entradas, plantean hoy a México un problema bastante serio.²

2. La deuda pasa de 8.000 millones en 1971 a 15.000 en 1975.

Estructuras sociales

México conoce dinamismos económicos y demográficos que parecen acumular las tensiones. ¿Cuáles son las estructuras sociales engendradas o afectadas por esos caminos bruscos, cuantitativos y cualitativos?

El proceso de construcción nacional (el *nation making* de W. Bagehot) está lejos de encontrarse terminado, ya que no han dejado de existir las dos naciones de que hablaba Disraeli a propósito del Reino Unido, en la segunda mitad del siglo XIX; no han dejado de existir los *Many Mexicos*. Es cierto que la situación no es tan abruptamente marcada como en 1910, cuando el México moderno vivía a la hora de París y Londres, y el otro México muchos siglos atrás. La complejidad es mucho mayor entre las clases y los grupos, el espacio geográfico y social está mucho más lleno y densamente ocupado, de tal manera que existe un *continuum* espacial y temporal, no poco fomentado por los medios de comunicación; además, la red institucional de poder engloba toda la estructura socio-política y saca partido de esa situación, cosa que el pequeño Estado de Porfirio Díaz, que parecía un monstruo de omnipotencia a los contemporáneos, era bien incapaz de hacer. Pero todo eso, si bien puede disimular el hecho, no puede negarlo mucho tiempo: existen las dos naciones. A la primera pertenecen la clase alta, las clases medias, ciertos grupos obreros y campesinos; a la segunda todos los marginados en la ciudad y en el campo, trabajadores eventuales, jornaleros, desocupados, inmigrantes y lumpenproletariado en general.

La primera nación

Nació de la Revolución, creció a su sombra y amparo y hasta la fecha se beneficia del sistema existente. Va desde los más ricos hasta los obreros que tienen un empleo fijo, y hasta los campesinos, propietarios o no, que pueden ganarse la vida de manera decente. No se trata de una clase, sino de grupos muy diversos, que podemos, siguiendo otra distribución, poner en términos de clase, pero que tienen como denominador común encontrar su fortuna ligada al sistema político.

a) *La clase alta*: Un 5 % de la población acumula cerca del 40 % del producto bruto interno y se distingue por sus formas culturales totalmente enajenadas, aculturadas, «americanizadas». Ocupa los puestos claves de la industria y del comercio desarrollados bajo la protección de un poder político que nunca ha podido controlar. Rafael Segovia dice de ella: «Hay

un hecho esencial que la separa de lo que en Sudamérica se llama las oligarquías y es la falta de continuidad histórica y por ende cultural.» No es una clase dirigente como las burguesías europeas, sino una burguesía de segunda, dependiente de los EE.UU, de sus negocios, la tecnología y el estilo de vida. Se entiende entonces por qué ha abdicado todo nacionalismo.³

b) *Las clases medias*: ¿Serán clases o no? El problema no nos interesa aquí. Han crecido en la misma proporción que la economía mexicana y su desarrollo ha sido visto como «el proceso de institucionalización de la Revolución Mexicana y la flor de su corona» (R. Segovia). En los años sesenta los sociólogos y politicólogos las veían como factor de estabilización, de orden y de progreso. Los acontecimientos de 1966 (huelga de los médicos) y de 1968 (movimiento estudiantil) demostraron que en México los únicos problemas políticos serios que encontraba el gobierno provenían de las clases medias, de tal manera que ahora se las ve, con razón, como un factor disruptivo del sistema.

Profesionalmente se localizan en el sector terciario y viven en una dependencia absoluta en relación con el sector privado y con el Estado, principal patrón y contratista. En una sociedad tan cristalizada sobre sus formaciones clasistas como lo es la mexicana, las clases medias tienen como sola promoción posible, para ellas o para sus hijos, la política al servicio del Estado y la Universidad. Eso explica⁴ por qué la Universidad conoce problemas tan graves, siendo el único lugar donde pueden manifestarse los problemas sociales de las clases medias, amenazadas por el desempleo y la inseguridad. Así pueden, en su seno, engendrar minorías radicalizadas, de derecha como de izquierda, capaces de criticar el sistema, de atacar a las clases superiores, de portar la voz de las inferiores. Contradictorias y divididas, nacionalistas y abiertas al mundo exterior y a la cultura, como no lo es la clase alta, podrían algún día conocer la tentación fascista.

c) *Los trabajadores*: Se reparten entre las dos naciones, ya que no hay nada más diferente de un pequeño propietario acomodado que un jornalero; de un obrero de planta que un trabajador eventual. En esas condiciones no serviría de nada confundirlos, todos mezclados, en proletariado industrial y campesinado. Los primeros pertenecen a una élite defensora de la estabilidad del sistema, cuyas ventajitas perciben con una lucidez mucho mayor que el sector más conformista de las clases medias. ¿Por qué?

Según el censo de 1970, el 45 % de los trabajadores recibían menos

3. Véanse los trabajos de Fernando Pérez Correa y de Julio Labastida.

4. Véanse los trabajos de Fernando Pérez Correa.

de 500 pesos al mes y el 75 % menos de 1.000; sin embargo, recibían menos de 500 pesos solamente el 4 % de los petroleros, el 6 % de los electricistas, el 8 % de los empleados al servicio del Estado, el 10 % de los empleados en los transportes, el 21 % de los obreros de minas e industria de transformación. Dicho de otra manera, el 70 % de los petroleros ganaban entre 1.000 y 5.000 pesos mensuales. Entre esa gente se reclutan los miembros de los sindicatos más importantes: petroleros, ferrocarrileros, electricistas; sindicatos que tienen su lugar en el PRI (Partido Revolucionario Institucional), en el Congreso, en la administración. Ocupan, pues, una situación relativamente buena y tienen una gran capacidad para mejorar su posición, según se ve una vez al año, cuando Fidel Velázquez, el jefe vitalicio de la CTM (Confederación del Trabajo Mexicano), exige y obtiene aumentos salariales nada despreciables. El respeto, el odio y el temor que le tienen a Fidel y a la CTM, tanto el sector empresarial como la izquierda intelectual, es buen índice de esa fuerza política que tienen los sindicatos dentro del sistema (y no contra el sistema). Los sindicatos obreros son uno de los apoyos más firmes e indispensables del régimen. Esos obreros son los únicos grupos organizados, en México, en asociaciones férreas, y como son conscientes de los beneficios que les trae el sistema, combaten con violencia los movimientos reformistas o las tentativas revolucionarias.

Existe el equivalente campesino bajo la forma de la CNC, Confederación Nacional Campesina, que controla principalmente a los «ejidatarios» (los campesinos del ejido, los que han recibido la parcela ejidal, los beneficiados del reparto agrario), esos «privilegiados» (todo es relativo) del campo, privilegiados frente a los 3 millones de jornaleros sin tierra y a los pequeños propietarios minifundistas. Los ejidatarios no tienen frente al Estado el gran margen de maniobra de los obreros sindicalizados, ya que no son propietarios de su parcela y dependen del Estado para conservarla, para recibir créditos, abono, semillas, para vender la cosecha. Están, como los obreros organizados, sometidos a la presión muy fuerte de un «lumpen», «ejército de reserva» en el campo, equivalente del formado por los «eventuales» en las ciudades, lo que les obliga a expresar positivamente su lealtad hacia el Estado. Son los que votan «bien», sin abstencionismo, en un 90 % a favor del PRI.

La segunda nación

Juan Rulfo, Luis González y González, para el campo, y Oscar Lewis, para la ciudad, nos han dicho todo sobre el mundo de la marginalidad y del desempleo. En 1975 se atreve a decir cuántos hombres necesitan

un trabajo que no encuentran por más que lo busquen: se habla de 3 millones de jornaleros en el campo (y hay más), se habla de 5 a 6 millones de desocupados en el país, acorralados por soluciones que no lo son de ninguna manera: la migración hacia las ciudades. México crece a razón de 5.000 habitantes al día; en 10 años Guadalajara pasa de 1 a 2 millones de habitantes y crecen desproporcionadamente las ciudades más perdidas; hasta 1973, la emigración clandestina de mexicanos hacia Estados Unidos era de 5 millones, de los cuales 700.000 fueron expulsados por las autoridades en ese año.

Los indios monolingües, el proletariado rural, el proletariado urbano (que habría de calificar de «lumpen») forman la segunda nación, afectada de manera violenta y trágica por la modernización que destruye su mundo, sin crear más que las culturas de la miseria exploradas por Lewis. ¿Cómo hablar de integración nacional cuando su marginalización cultural y económica se ve ahora como irremediable? Su analfabetismo, su desempleo, su miseria biológica, su mala nutrición son otros tantos obstáculos.

De ellos no nacen amenazas directas contra el sistema, pero sí, a largo plazo, indirectas. Esa gente está sin ninguna organización y cuando se moviliza es para caer en protestas semianónimas, provocaciones muchas veces: guerrilla, «paracaidismo» (invasión de terrenos rurales o urbanos) que les vale la represión brutal. Del Estado conocen la fuerza y reconocen que él es el único que les trae algunos beneficios: agua potable, luz, caminos, escuelas.

El sistema político

Bartra resume así la naturaleza del sistema político mexicano: «Es de consenso común que a pesar de las violentas contradicciones entre las clases sociales, provocadas por las formas que ha adoptado el desarrollo del capitalismo en México, el Estado burgués ha logrado una relativa estabilidad política gracias a una poderosa estructura de mediación que ha podido controlar estas contradicciones. Esta estructura de mediación surge de la propia revolución mexicana que permitió a la burguesía consolidarse en el poder gracias a la movilización de las masas campesinas. Esta alianza obligó a la burguesía a satisfacer algunas de las reivindicaciones de los campesinos, pero controlando su forma de participación política.»⁵

Lo que Bartra escribe cuando estudia el campo mexicano vale igual-

5. Roger Bartra, *Estructura agraria y poder político* (México: Era, 1974), p. 3.

mente para el sector obrero organizado, de manera que podemos esquematizar el sistema político del siguiente modo: el pacto reformista, nacional-populista, se establece en tiempo de Calles y Cárdenas (1924-1940) en forma de alianza entre la burguesía, los obreros sindicalizados y los campesinos beneficiados por la reforma agraria. El partido, bajo sus diversos nombres (PNR, PRM y PRI), institucionaliza el pacto, integrando verticalmente, sectorialmente, de manera semicorporativa a dichos grupos.

Desde Calles el sistema se funda sobre el control firme (alianza y represión igual a mediación) de la clase obrera y del campesinado. Tal sistema de dominación no se entiende sin el recurso de la explicación histórica: la revolución ha sido hecha por un ejército de caudillos oriundos de la élite provinciana y de las clases medias, que termina consolidando la centralización del régimen anterior. Todas las oposiciones, de cualquier tipo, fueron liquidadas militarmente y denunciadas políticamente como contrarrevolucionarias. Este ejército revolucionario, con sus numerosos consejeros, intelectuales y mediadores de todo tipo, ha sido el núcleo del nuevo régimen. Antes de 1940 elimina progresivamente los enemigos internos y desde 1940 (cuando se define la estrategia del desarrollo actual) la máquina burocrática y política (gobierno, administración y partido) está en el poder. El presidente que aparece tan todopoderoso, de manera engañosa, no es más que la cabeza del Leviatán.

Claro que desde 1940 muchas cosas han cambiado. Las bases del sistema pasan del campo a la ciudad, de los campesinos a las clases medias (con toda la inseguridad que eso significa), del «pueblo» (¿cuál?) al ejército. Con todo, la estabilidad política no deja de ser asombrosa: 45 años de régimen. Formalmente el sistema es democrático, republicano y federal, regido por el sufragio universal. Pero como el surgimiento del Estado precedió a la formación de la nación, el Estado revolucionario creó la actual élite económica y organizó a los campesinos, a los obreros, les dio sus papeles y se colocó como árbitro (y principal actor) en el gran proyecto nacional-desarrollista. Creador de la nación (inacabada), mayor agencia de empleo, única seguridad social, primer inversionista (40 %), rector de la educación, organismo de promoción social, el Estado es todo eso, de manera que no se puede explicar la estabilidad únicamente por su fuerza represiva (indudable) y su monopolio (indudable) del poder político. Su actividad social es fundamental y sin ella no entiende nada a las raíces sociales del autoritarismo en México. Como lo dice Segovia, la multiplicidad misma de sus papeles reforzó al Estado en su tendencia nata a escapar a los controles democráticos. Sin caer en el totalitarismo (tentación de los años 30 quizá), sí ha dado en formas autoritarias de gobierno, y parece,

según toda lógica, que este autoritarismo ha de encontrarse en su apogeo a fines del siglo, dados los problemas que afrontará el país.⁶

Entre 1970 y 1976 el deseo democratizador de la vida política vino del presidente de la república, Luis Echeverría, en contra del deseo del partido. Al ex presidente se debe la nueva Ley electoral federal, las reformas constitucionales, la «apertura democrática». Hubiera querido, parece, no solamente la apertura política, sino económica y social para cambiar un régimen que él, personal y sinceramente, juzga injusto. Para eso buscó una base popular más amplia, para conseguir una movilización de apoyo a hipotéticas reformas de fondo. El carácter limitado de reformas que no han sido más que políticas (electorales y parlamentarias), manifiesta que el mismo presidente, dentro del sistema que encarna, no puede hacer gran cosa si quiere respetar las reglas del juego.

El gran problema del futuro va a ser la necesaria redistribución del ingreso nacional para acabar con la división del país en dos naciones, lo que significa choques inevitables con los actuales favorecidos; esos choques vendrán, como todos los conflictos sociales en México, «a reforzar la autoridad y el autoritarismo estatales, a mantener los controles políticos y a cerrar aún más lo que es ya su esfera autónoma».⁷

Por eso es difícil, dentro de la coyuntura internacional presente, imaginar un régimen diferente, a menos de que fuera un régimen de derecha. México tenía todavía en 1975 un sistema político capaz de tratar los problemas sin reventar, lo que no significa que los haya resuelto bien. Tal estabilidad viene de la debilidad de las fuerzas centrífugas, de la unidad y de la gran capacidad de integración de los grupos dirigentes. Del lado de las clases populares no se ve amenaza seria, no hay movimiento campesino importante y lo esencial de la acción popular es la de los grandes sindicatos obreros, firmes apoyos del Estado. Esa clase obrera marca desde 50 años la vida de la nación en favor del Estado. El sistema político, en tales condiciones, no necesita la intervención de los militares para mantenerse. Lo que no significa que el ejército no tenga su papel y su fuerza política.

En los últimos años la guerrilla urbana y rural ha molestado, pero sin poner el sistema en peligro; tan pronto como ha sido necesario, la represión ha sido aplastante. Lo novedoso es la orientación creciente de la Iglesia hacia posiciones progresistas; el cambio de orientación del periódico «Excelsior» que de por sí solo es un partido; y quizá lo más importante (¿lo más grave?) el hecho de que el presidente Echeverría haya golpeado de

6. Rafael Segovia, *México en el año 2000* (Bonn, 1973) mimeo.

7. *Ibid.*

manera muy fuerte la estructura del poder, sembrando la confusión tanto entre la clase política como entre los politicólogos. ¿Pero podría la voluntad de un hombre, aunque fuera el presidente, poner fin al sistema autoritario mexicano? La mayoría de los mexicanos sigue con la convicción profunda de que no puede pasar nada grave.

JEAN MEYER

U. E. R. des Sciences Humaines et Sociales
Centre Universitaire de Perpignan
66025 Perpignan
Francia